

EDITORIAL

Como maneja nuestra revista los conflictos éticos

Los conflictos éticos o "conflictos de intereses" están recibiendo más atención en años recientes (Emanuel y Steiner 1995), posiblemente por la mayor rapidez en el desarrollo tecnológico y por la creciente competencia laboral.

Por supuesto, el fenómeno no es nuevo y los nombres de Galileo, Newton y Mendel se encuentran entre los acusados de comportamiento científico indebido (ver Wade 1983). La literatura científica se ve potencialmente afectada por conflictos éticos cuando las personas involucradas en el proceso de publicación tienen razones particulares para (1) apropiarse, (2) ocultar o (3) publicar información.

En el primer caso, por ejemplo, un revisor puede incorrectamente tomar información de un manuscrito que le haya sido confiado, para publicarla como propia, o para patentar o vender esa información, o los productos que resulten de ella (Perry 1987). Algunos de tales casos son muy conocidos, desde ciertos descubrimientos de Metchnikoff (robados por uno de sus profesores) hasta fórmulas de materiales superconductores en tiempos más recientes (Perry 1987).

En el segundo caso, un editor o revisor puede bloquear directamente la publicación de un manuscrito que se oponga a su punto de vista. El paleontólogo y biogeógrafo G.G. Simpson parece haber evitado indirectamente la difusión de las críticas que le hacía L. Croizat (según afirma el mismo Croizat en su hoy muy conocido libro *Panbiogeography*).

El tercer tipo de conflicto se refiere, por ejemplo, a editores, miembros de comités editoriales, y otras partes influyentes, que aprovechen su puesto para publicar artículos que no hayan pasado el procedimiento normal de evaluación o que lo hayan hecho sin éxito.

Posibilidades menos graves incluyen el obtener una publicación más rápida, más espacio o ubicación especial dentro de la revista. Un caso muy espectacular fue el del paleontólogo O.C. Marsh, quien prácticamente se apropió del *American Journal of Science* en su vano intento por publicar más que su rival E.D. Cope (Krishtalka 1989).

Todos estos tipos de conflicto ético han interesado a los editores de la Revista por mucho tiempo, y el interés actual del tema hace conveniente que informemos a nuestros lectores cómo enfrentamos estos conflictos.

Nuestra Revista publica en todos los campos de la biología tropical (Monge Nájera y Díaz 1988) y debe consultar a muchos revisores, algunos conocidos por nosotros, muchos de países distantes y conocidos solo por el tema en que publican.

Hacemos un esfuerzo por consultar a científicos serios y nunca hemos recibido quejas de que algún revisor haya robado propiedad intelectual. Es cierto que este tipo de problema sería difícil de controlar desde la oficina del editor si alguna vez se volviera importante. Tal vez una causa de nuestro limpio expediente es que no nos especializamos en novedades de valor comercial como tratamientos para el SIDA y temas semejantes.

Las evaluaciones injustas de manuscritos son muchos más fáciles de controlar, y lo hacemos solicitando la opinión de tres revisores (a menudo en países diferentes) y comparando cuidadosamente sus comentarios. En caso de duda, consultamos a más revisores y el autor recibe una explicación sobre la espera adicional que ello implica.

Finalmente, para evitar favorecer a autores relacionados directamente con la revista, una opinión extrema sostiene que tales personas nunca deben publicar en la revista para la cual sirven como miembros del comité editorial o como editores, pero tal afirmación no es seguida por muchas de las revistas más importantes (e.g. los editores del *New England Journal of Medicine*, ver p. 30 en fascículo del 30 de set. de 1993). En la Revista, hay una regla cuya aplicación por parte del editor es supervisada por el Consejo Editorial: los manuscritos de miembros del Consejo o del editor, siempre reciben el proceso normal de revisión y en el caso del editor, se publican solo si todas las evaluaciones son favorables. El actual editor ya ha visto tres de sus propios manuscritos rechazados debido a esta estricta regla (fueron aceptados posteriormente en revistas de Europa y los Estados Unidos).

Nos sentimos orgullosos de la forma en que la Revista ha manejado los conflictos éticos y planeamos mantenernos en este sendero ético en el futuro.

Julián Monge- Nájera

Editor

Revista de Biología Tropical

Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica

REFERENCIAS

- Emanuel, E.J. & D. Steiner. 1995. Institutional conflict of interest. *New England J. Med.* 332: 262-267.
Krishtalka, L. 1989. *Dinosaur plots*. Avon, Nueva York. 316 p.
Monge-Nájera, J. & L. Díaz. 1988. Thirty-five years of Tropical biology a quantitative history. *Rev. Biol. Trop.* 36: 347-359.
Perry, D. 1987. 99.9999% truthful. *Institute for Current World Affairs*, New Hampshire. 7 p.
Wade, N. 1983. What science can learn from science fraud. *New Scientist* 99: 273-275.

EDITORIAL

How our journal deals with conflicts of interest

Conflicts of interest have received increasing attention in later years (e.g. Emanuel and Steiner 1995), possibly because of the greater speed of technological development and of career competitiveness. Of course, the phenomenon is not new and the names of Galilei, Newton and Mendel are among those which have been associated with improper scientific behavior (see Wade 1983).

Scientific literature is potentially affected by conflict of interest when people involved in the publication process have personal reasons to (1) appropriate, (2) hide or (3) publish information.

In the first case, for example, a reviewer may unethically take information from a manuscript trusted him or her, to publish such information as his or her own, or to patent or sell that information or the products resulting from it (Perry 1987). Well known instances cover a wide array of cases, from some of Metchnikoff's discoveries (which were appropriated by one of his teachers) to superconductor formulations in recent times (Perry 1987).

In the second case, an editor or a reviewer may directly prevent publication of a manuscript which opposes his or her views. The paleontologist and biographer G.G. Simpson may have indirectly prevented the diffusion to L. Croizat's critiques (according to Croizat himself in his now well known book *Panbiogeography*).

The third type refers, for example, to editors, members of editorial boards, or other influential journal staff members, who take advantage of their position to publish papers that have not gone through the usual review procedure or which have failed the test. Less important instances include obtaining faster publication, more space or special positioning inside a journal. A most spectacular case was that of the paleontologist O.C. Marsh, who practically took over the *American Journal of Science* in a vain attempt to outpublish his rival E.D. Cope (Krishtalka 1989).

All of these types of conflict have interested editors of the *Revista* for a long time, and the current interest on the subject suggests that we should inform our readers of how we cope with them.

This journal publishes on all fields of tropical biology (Monge Nájera and Díaz 1988) and must consult many reviewers, some personally known to our staff, many from distant countries and known only from the subject on which they publish. We make an effort to consult serious scientists and have never received any complaints about reviewers stealing intellectual property. Admittedly, this type of problem would be very difficult to control from the editor's office if it ever became important. Perhaps one reason for our clean record is that we do not specialize on novelties of commercial value such as AIDS treatments or similar subjects.

Unfair evaluations are far easier to control, a goal we accomplish by asking the opinion of three reviewers (often in different countries) and by carefully comparing their comments. In case of doubt, new reviewers are consulted and the author receives an explanation for the additional time it requires.

Finally, to avoid favouring authors directly related with the journal, one extreme position states that they should never publish in the journal for which they act as board members or editors, but that position is not followed by many of the leading journals (e.g. the editors of the *New England Journal of Medicine*, see Sept. 30, 1993 issue, p. 30). In the *Revista*, there is a rule whose application by the editor is supervised by the Editorial Board: manuscripts from board members or from the editor always receive the standard external evaluation and in the case of the editor, are published only if *all* the reviews are favourable! The present editor has seen three of this own manuscripts rejected because of this stringent regulation! (they were later accepted in European and American journals).

We are proud of the way in which the *Revista* has managed conflicts of interest and plan to continue along the same ethical line.

Julián Monge-Nájera

Editor

Revista de Biología Tropical

Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica

REFERENCES

- Emanuel, E.J. & D. Steiner. 1995. Institutional conflict of interest. *New England J. Med.* 332: 262-267.
Krishtalka, L. 1989. *Dinosaur plots*. Avon, New York. 316 p.
Monge-Nájera, J. & L. Díaz. 1988. Thirty-five years of Tropical biology: a quantitative history. *Rev. Biol. Trop.* 36: 347-359.
Perry, D. 1987. 99.9999 % truthful. *Institute for Current World Affairs, New Hampshire*. 7 p.
Wade, N. 1983. What science can learn from science fraud. *New Scientist* 99: 273-275.